

Lindisfarne y el de York, sin respeto alguno á la reunion que poco antes se habia hecho de la Silla de Lindisfarne á la de York (1). Pero la verdadera causa de este extraño proceder era la aversion que Ermemburga, segunda muger del rey Egfrido, le habia inspirado contra el obispo de York, cuyo poder y riquezas no cesaba ella de exagerar. Ermemburga habia entrado en lugar de la reina Eteldrita, muy apasionada á su santo pastor, la cual despues de doce años de matrimonio, en que conservó la virginidad, obtuvo, aunque con trabajo, del rey su esposo el permiso de retirarse al monasterio de Eli, que ella acababa de fundar. Su cuerpo se halló incorrupto diez y seis años despues de su muerte, atribuyéndose unánimemente este prodigio al mérito de su pureza. Pasó pues San Wilfrido á Roma á pedir justicia; pero temiendo en Francia al rey Tierri, ó por mejor decir á Ebroino, á quien los enemigos de Wilfrido habian enviado de Inglaterra ricos presentes, emprendió su viage por la Frisia, aunque sus pueblos eran todavía paganos.

Su rey Algisno no dejó de recibirle con honor, y le permitió predicar el Evangelio. Los frisonos habian cogido aquel año una cosecha extraordinariamente abundante y lo atribuyeron al Dios de Wilfrido, circunstancia que le hizo coger frutos de salvacion mucho mas abundantes todavía que los que habia producido la tierra. Bautizó á casi todos los principales caballeros del pais, con una multitud tan numerosa de pueblo, que con razon es tenido por apóstol de la Frisia. Sin embargo, envió Ebroino sus emisarios á estos pueblos con una carta, en la cual prometia á su rey una medida llena de sueldos de oro, si ponía en sus manos la persona ó la cabeza del santo obispo Wilfrido. Algisno hizo leer en la

(1) *Vt. per Edd. cap. 23.*

mesa estas infames proposiciones en presencia del mismo Wilfrido, de los enviados de Ebroino y de gran número de frisonos: despues tomó la carta con desprecio, la rasgó, y la echó en el fuego diciendo á los portadores: «destruya de este modo el Criador del cielo y de la tierra á los malvados y á los perjuros.» Igual riesgo corrió San Wilfrido en Lombardia, y fué libertado por el rey Pertarito, príncipe no solamente católico, sino tambien de una insigne piedad y de una beneficencia admirable en favor de los desgraciados.

Poco trabajo le costó á Wilfrido conseguir se le hiciese justicia en Roma. Se mandó provisionalmente que fuese restablecido en todos los derechos de su obispado, y arrojados los que habian sido puestos en lugar de él; pero que para subvenir á las necesidades de su vasta diócesis, en lo que consentia gustoso, escogeria en un Concilio algunos obispos que habia de ordenar el de Cantorberi: todo con pena de deposicion y de anatema contra los eclesiásticos y de excomunion contra los legos de cualquiera condicion que fuesen. Wilfrido en el Concilio romano celebrado despues contra los novadores de Oriente, tomó la calidad de legado del Concilio de Bretaña, siendo evidente no haber recibido semejante mision de parte de aquellos prelados; lo que prueba á un mismo tiempo que el Santo solo intentó concurrir como testigo de la fé de las iglesias británicas, y que era común dar el nombre de Concilio á los obispos de una misma region aun cuando no estuviesen congregados. Terminados tan importantes negocios, volvió á emprender el viage de Jnglaterra, á donde llegó felizmente á pesar de los lazos que le armaron en el camino; pero al pasar por Francia supo con dolor el asesinato del rey Dagoberto II, que le daba el nombre de amigo y se manifestó verdaderamente digno de la amistad

de un Santo (1). Este príncipe, de una virtud poco comun y á toda prueba, es venerado como mártir en Estenai (donde fué enterrado), segun la costumbre del tiempo, que daba este título á los que morian injustamente despues de haber vivido bien.

Entretanto el Gefe de la Iglesia envió sus legados á Constantinopla con su respuesta y la de su Concilio (2). Se lamenta en ella de los desórdenes, de las incursiones continuas de los bárbaros, de los robos con que despojaban á las iglesias de Italia de sus patrimonios, reduciendo sus ministros á subsistir harto penosamente con el trabajo de sus manos: «mas si estas agitaciones y las inquietudes en que pasamos nuestra vida, continúan los Padres, nos han despojado de todos los bienes de este mundo, y hasta de las ciencias humanas y de la elocuencia, nos queda un bien inestimable y el mas precioso de todos en la integridad de la fé, que cuidamos únicamente de conservar en medio de tantas tempestades, y por la cual estamos prontos á perder la vida si fuese necesario.» Estienden luego la confesion de ella en un estilo que confirma bien cuanto dicen de la decadencia de las letras humanas, advirtiéndose no obstante, además de una conformidad la mas exacta con los decretos de los cinco Concilios generales celebrados hasta entonces, un estudio sólido de los antiguos Padres y una série de consecuencias sacadas con mucha exactitud contra los nuevos errores.

Los legados del Papa y los diputados del Concilio de Roma, representantes de todos los occidentales, que segun se ha visto habian manifestado ya sus sentimientos, llegaron á Constantinopla el dia 10 de setiembre de 680 (3). En 7 de noviembre siguiente

(1) *Mabill. Praef. part. 1, Saecul.*

(2) *Tom. 6 Concilior. pag. 534.*

(3) *Ibid. pag. 606 et seq.*

se hizo la apertura del Concilio ecuménico, en un salon del palacio de Constantinopla, llamado *Trullus* ó la cúpula. Desde este dia hasta el 16 de setiembre del año siguiente hubo gran número de sesiones: diez y siete, segun los ejemplares griegos de este Concilio, y diez y ocho segun los latinos. En la primera asamblea no se hallaron mas que cuarenta obispos; pero acudiendo de dia en dia otros prelados, llegó su número en la última sesion á mas de ciento sesenta. Los tres legados Teodoro, Jorge y Juan como representantes de la persona del Papa (segun los términos espresos del Concilio en su prefacio), se ven nombrados antes de todos los obispos, aunque los dos primeros eran meros presbiteros, y el tercero diácono. En seguida se nombra á Jorge, patriarca de Constantinopla; á Pedro, sacerdote y monge, legado del patriarca de Alejandria; á Macario, patriarca de Antioquia y residente hacia algun tiempo en Constantinopla; y á Jorge, sacerdote y monge, legado del vicario de Jerusalem en sede vacante. Despues de los patriarcas se nombran los obispos de Porto, de Paterna y de Regio, legados del Concilio romano y representantes de los occidentales, y luego los orientales. Despues de todos los obispos se nombran todavía seis presbiteros, abades ó monges, todos de Italia ó de Constantinopla, á escepcion del último que fué Esteban, discípulo de Macario de Antioquia y monotelita tan obstinado como su patriarca.

El orden de los asientos fué el mismo que el del nombramiento. Los Evangelios estaban en medio segun costumbre: el emperador igualmente en medio, acompañado de trece de sus principales ministros; á su izquierda, como á el lado mas noble, los legados del Papa, inmediatos á ellos los de su Concilio, luego el de Jerusalem: en la derecha los patriarcas de Constantinopla y de Antioquia, el legado de Alejandria y des-

pues los obispos sufragáneos de Constantinopla y de Antioquia. El patriarca de Alejandría y el vicario de Jerusalen no habian podido asistir en persona por el temor que les causaban sus soberanos musulmanes. Por la misma razon no se vió en el sexto Concilio obispo alguno de sus provincias, ni de las de Africa. Obsérvase ademas, que todos los diputados de los obispos ausentes ocuparon el lugar de sus principales, sin embargo de no ser mas que presbíteros.

Los legados del Papa abrieron la sesion proponiendo el objeto de su legacia, que era indagar el origen de las novedades introducidas en algunas iglesias, para proscribirlas como contrarias á la doctrina de los Padres y de los Concilios. Leyéronse luego las actas del Concilio ecuménico de Éfeso; y despues en las sesiones siguientes las del de Calcedonia y del quinto general. Examináronse en seguida los lugares de los Padres en los originales mas auténticos, y se confrontaron con ellos las proposiciones y los escritos mas famosos de los hereges. En todas estas discusiones se advierte con mucho consuelo nuestro, no solamente que el espíritu de verdad está siempre con la Iglesia, sino tambien que la ciencia sólida de la Religión se conservaba todavia en un estado floreciente, á pesar del triste abatimiento de todas las otras ciencias. Analizaron y refutaron los sofismas de los hereges con mucha fuerza y discrecion; y todavia con mayor erudicion los convencieron de haber falsificado ó truncado las autoridades de los antiguos doctores, y aun las actas sagradas de los Concilios. El discurso falsamente atribuido á Mennas como dirigido al Papa Vigilio, acerca de la única voluntad de Jesucristo, habia sido insertado en tres cuadernos al principio del ejemplar del quinto Concilio que se conservaba en Constantinopla (1). Se notó que

(1) Tom. 6 Concilior. pag. 622.

estos tres cuadernos no estaban numerados como convenia, respecto á que el número primero se hallaba en la página primera del cuaderno cuarto que efectivamente era la primera del ejemplar auténtico del Concilio. Aun prescindiendo de esto, demostraron los legados la suposicion por un anacronismo, observando que Mennas murió en el año veinte y uno de Justiniano, y que el quinto Concilio no fué celebrado hasta el veinte y siete en tiempo de otro patriarca que fué Eutiquio. Probaron de un modo no menos evidente que los falsarios hereges habian añadido á la sétima sesion dos escritos falsamente atribuidos al Papa Vigilio como dirigidos al emperador Justiniano y á la emperatriz Teodora y que contenian los mismos errores; acerca de lo cual reclamaron los legados diciendo que si Vigilio hubiese enseñado una sola voluntad con la aprobacion del Concilio, no hubiera omitido el uso de este término en la definicion de la fé, en la cual á buen seguro que no se leia semejante cosa. Estas alteraciones en los ejemplares de Constantinopla no deben causar admiracion, si se atiende á la larga série de patriarcas monotelitas que allí habia habido.

Convencieron tambien á aquellos insolentes novadores de haber falsificado los escritos de los Padres, y en particular los de San Atanasio, cuya autoridad era de tanto peso, especialmente en estos principales misterios. Preguntó Teofanes, abad de Bayas en Sicilia, á Macario de Antioquia y á su discipulo Esteban, si reconocian en Jesucristo una voluntad humana é impecable, y le contestaron con mucha seguridad: «No conocemos en él voluntad humana, si solo le atribuimos con San Atanasio una voluntad divina sin la concupiscencia de la carne y sin los pensamientos del hombre.» Estaban copiadas semejantes espresiones del santo doctor de un pasaje contra Apolinar,

y las citaban tan solo en parte suprimiendo lo esencial que esplicaba su verdadero sentido. «Si copiarais el testo entero, replicó Teofanes, veriais que el grande Atanasio llama voluntades carnales y pensamientos humanos aquellos que son culpables y voluptuosos, aquellos que son conformes á las sugeriones del demonio. Y por cierto, no permita Dios que yo los atribuya á Jesucristo: yo no hablo mas que de una voluntad natural, como la que Dios puso en el primer hombre. Ahora bien, decidme: ¿Adan tuvo alma racional?»—Esteban respondió: «tuvo una voluntad de eleccion y de libre albedrio, porque antes de pecar, su voluntad era divina y queria con Dios.»—«¿Qué absurdo, exclamó Domicio de Prusiada, y qué blasfemia! Si Adan quiso con Dios, luego fué criador con Dios, que crió con su voluntad.»—Añadieron los romanos: «si el primer hombre antes de pecar tuvo una voluntad divina, fué consubstancial á Dios; y por consiguiente su voluntad fué inmutable y vivificante. ¿Cómo pues mudó de estado? ¿cómo se precipitó en el abismo del pecado y de la miseria? ¿ignorais que San Cirilo, hablando de Jesucristo, afirma que tiene la voluntad de su Padre, porque una misma substancia no tiene mas que una voluntad?»—Estrechó el sábio Teofanes á Esteban y á Macario á que respondiesen con precision, si Adan tenia ó no tenia una voluntad natural; pero rehusando ellos afirmarlo ni negarlo, probó la afirmativa con San Atanasio y San Agustin. El Concilio en vista de esto decidió en estos términos: «si el primer Adan tuvo una voluntad natural, ¿cómo no la tendrá el segundo en su naturaleza humana? Ahora bien: si en esta naturaleza existe una voluntad verdadera, aunque impecable, y por otra parte tiene desde la eternidad una voluntad divina con el Padre y el Espíritu Santo, es claro que se deben reconocer en él dos voluntades.»

Los legados apostólicos habian citado ya la autoridad del Papa San Leon, á quien los sectarios aparentaban profesar un respeto estremado. En su carta á Flaviano se leen estas palabras: «en Jesucristo cada naturaleza hace lo que le es propio con la participacion de la otra: el Verbo obra lo que conviene al Verbo, y la carne lo que conviene á la carne: el uno resplandece por sus milagros, la otra se abate en los malos tratamientos.» Acerca de lo cual los legados se esplicaron así: «ya veis que el gran Leon enseña formalmente dos operaciones naturales en Jesucristo sin confusion ni division, y esto en un escrito que un Concilio ecuménico llamó base de la fé ortodoxa.» Nada tuvo Macario que replicar; y contestó solamente que él no hablaba del número, y que solo decia operacion *Theándrica*. Pero se hizo conocer al emperador y á todos los Padres del Concilio que esta reserva cautelosa de los hereges tendia mucho menos á apagar la discordia que á sofocar la verdad: que no cesaban de desmentir con sus obras ese amor aparente á la paz: que Macario en particular habia tratado al santo abad Máximo y á sus discípulos, no solo de hereges, sino tambien de maniqueos odiosos y de verdaderos paganos; y que entre los santos doctores contaba Macario á Sergio, á Ciro, y sobre todo al Papa Honorio, de cuya autoridad se servia de un modo muy extraño.

Los obispos engañados hasta entonces se apresuraron á volver al gremio de la unidad: la mayor parte de ellos confesaron la fé contenida en las cartas del Sumo Pontífice, á saber, que habia en Jesucristo dos naturalezas, dos voluntades y dos operaciones. Dijeron que Pedro habia hablado por boca de Agathon como en otro tiempo por la de Leon. Prodigaron mil bendiciones á este digno sucesor del Príncipe de los Apóstoles, como tambien al patriarca